



p  
Dick

Cuentos completos I

Además de novelista, Philip K. Dick fue un prolífico autor de cuentos y relatos, muchos de los cuales han sido llevados al cine en los últimos tiempos con mayor o menor suerte.

Esta primera entrega recoge 25 relatos escritos entre 1951 y 1952, y empieza con *Estabilidad*, una historia escrita en 1947 e inédita antes de la publicación de esta antología.

Los lectores del creador de *Blade Runner* descubrirán el potencial imaginativo de Dick en estado puro, auténticas joyas literarias como los relatos *El rey de los Elfos* y *Los infinitos*, entre otros trabajos sin pulir, pero que destilan la magia propia del norteamericano y donde son ya claras sus pequeñas obsesiones: la muerte, la locura, la pérdida de identidad y la fragilidad de la realidad y, con ella, de todos nosotros.

*Cuentos completos I* también incluye *La paga*, relato que sirvió de inspiración para el filme *Paycheck*, que dirigió John Woo en 2003 con Ben Affleck y Uma Thurman.

El volumen presenta una introducción del propio autor y un prefacio con notas y comentarios que ayuda al lector a acercarse a uno de los escritores más relevantes del siglo XX.

*En memoria de Philip K. Dick, 1928-1982*

## Prefacio

# Philip K. Dick

En primer lugar, definiré lo que es la ciencia ficción diciendo lo que no es. No puede ser definida como «un relato, novela o drama ambientado en el futuro», desde el momento en que existe algo como la aventura espacial, que está ambientada en el futuro pero no es ciencia ficción; se trata simplemente de aventuras, combates y guerras espaciales que se desarrollan en un futuro de tecnología superavanzada. ¿Y por qué no es ciencia ficción? Lo es en apariencia, y Doris Lessing, por ejemplo, así lo admite. Sin embargo, la aventura espacial carece de la nueva idea diferenciadora que es el ingrediente esencial. Por otra parte, también puede haber ciencia ficción ambientada en el presente: los relatos o novelas de mundos alternativos. De modo que si separamos la ciencia ficción del futuro y de la tecnología altamente avanzada, ¿a qué podemos llamar ciencia ficción?

Tenemos un mundo ficticio; este es el primer paso. Una sociedad que no existe de hecho, pero que se basa en nuestra sociedad real; es decir, esta actúa como punto de partida. La sociedad deriva de la nuestra en alguna forma, tal vez ortogonalmente, como sucede en los relatos o novelas de mundos alternativos. Es nuestro mundo desfigurado por el esfuerzo mental del autor, nuestro mundo transformado en otro que no existe o que aún no existe. Este mundo debe diferenciarse del real al menos en un aspecto que debe ser suficiente para dar lugar a acontecimientos que no ocurren en nuestra sociedad o en cualquier otra socie-

dad del presente o del pasado. Una idea coherente debe fluir en esta desfiguración; quiero decir que la desfiguración ha de ser conceptual, no trivial o extravagante... Esta es la esencia de la ciencia ficción, la desfiguración conceptual que, desde el interior de la sociedad, origina una nueva sociedad imaginada en la mente del autor, plasmada en letra impresa y capaz de actuar como un mazazo en la mente del lector, lo que llamamos el *shock* del no reconocimiento. Él sabe que la lectura no se refiere a su mundo real.

Ahora tratemos de separar la fantasía de la ciencia ficción. Es imposible, y una rápida reflexión nos lo demostrará. Fijémonos en los personajes dotados de poderes paranormales; fijémonos en los mutantes que Ted Sturgeon plasma en su maravilloso *Más que humano*. Si el lector cree que tales mutantes pueden existir, considerará la novela de Sturgeon como ciencia ficción. Si, al contrario, opina que los mutantes, como los brujos y los dragones, son criaturas imaginarias, leerá una novela de fantasía. La fantasía trata de aquello que la opinión general considera imposible: la ciencia ficción trata de aquello que la opinión general considera posible bajo determinadas circunstancias. Esto es, en esencia, un juicio arriesgado, puesto que no es posible saber objetivamente lo que es posible y lo que no lo es, creencias subjetivas por parte del autor y del lector.

Ahora definiremos lo que es la buena ciencia ficción. La desfiguración conceptual (la idea nueva, en otras palabras) debe ser auténticamente nueva, o una nueva variación sobre otra anterior, y ha de estimular el intelecto del lector; tiene que invadir su mente y abrirla a la posibilidad de algo que hasta entonces no había imaginado. «Buena ciencia ficción» es un término apreciativo, no algo objetivo, aunque pienso objetivamente que existe algo como la buena ciencia ficción.

Creo que el doctor Willis McNelly, de la Universidad del estado de California, en Fullerton, acertó plenamente cuando afirmó que el verdadero protagonista de un relato o de

una novela es una idea y no una persona. Si la ciencia ficción es buena, la idea es nueva, es estimulante y, tal vez lo más importante, desencadena una reacción en cadena de ideas-ramificaciones en la mente del lector, podríamos decir que libera la mente de este hasta el punto que empieza a crear, como la del autor. La ciencia ficción es creativa e inspira creatividad, lo que no sucede, por lo común, en la narrativa general. Los que leemos ciencia ficción (ahora hablo como lector, no como escritor) lo hacemos porque nos gusta experimentar esta reacción en cadena de ideas que provoca en nuestras mentes algo que leemos, algo que comporta una nueva idea; por tanto, la mejor ciencia ficción tiende en último término a convertirse en una colaboración entre autor y lector en la que ambos crean... y disfrutan haciéndolo: el placer es el esencial y definitivo ingrediente de la ciencia ficción, el placer de descubrir la novedad.

Fragmento de una carta,  
*14 de mayo de 1981*

## Prólogo

# Steven Owen Godersky

Una frase hecha de uso corriente califica a Philip K. Dick como la mayor mente de la ciencia ficción de todos los planetas. Bien, eso, como una trayectoria a Lagrange-5, es hiperbólico. No refleja la realidad. El mejor cuento aún está por escribir.

Algunas cosas, sin embargo, hacen que nos sintamos algo más seguros sobre la contribución de Phil Dick a este planeta, ahora que su reputación ya no necesita ningún tipo de ayuda en particular. El alcance, la integridad y la magnificencia intelectual de la obra de Phil han sido reconocidos en todo el mundo. Muchos le consideran el más «serio» de los autores de la ciencia ficción moderna, y el interés por sus obras no ha dejado de aumentar desde su prematura muerte en 1982. La creciente atención que le dedica la crítica erudita ha reforzado todavía más su reputación. Si examinamos con calma su obra descubriremos tres poderosos temas que impregnan casi todas sus novelas y relatos.

El primero y más evidente de los temas trenzados en la obra de Dick se refiere a la división planteada entre la humanidad y todas las complejidades de sus creaciones, una parte de las preocupaciones esenciales de todos los escritores consecuentes. Sin embargo, Phil cambió la pregunta «¿Qué significa ser humano?» por la de «¿Cómo es no ser humano?». Planteó el problema intelectualmente, según su estilo, pero luego consiguió que sintiéramos sus respues-

tas. En la mejor y más alta tradición de Mary Shelley descubrió que la empatía es la diferencia; para utilizar su propia palabra, *caritas*. No necesito ser futurólogo para vaticinar que tanto su investigación como su descubrimiento irán adquiriendo mayor importancia a medida que nos vayamos adentrando en ese extraño camino que la ciencia llama progreso.

El segundo tema de Dick es de perspectiva, lo que yo definiría como el cuidado y alimentación de dioses menores. A pesar de que el campo de sus ideas era amplísimo, confiaba en «muy pocas cosas», como escribió en una ocasión. En una era literaria dominada por superestrellas y superhéroes, Phil nos recuerda que nuestras aspiraciones y capacidades no son tan diferentes y no menos importantes que las de los grandes y poderosos.

Pensemos en el Tung Chien de *La fe de nuestros padres* y en el Ragel Gumm de *Tiempo desarticulado*; sus prosaicos y monótonos trabajos se revelan esenciales para la fe de sus mundos. Recordemos al Herb Ellis de *Un autor prominente*: un chico corriente reescribe el Antiguo Testamento para cabrerizos que apenas miden tres centímetros. Reflexionemos sobre el significado de los globos de chicle de Herb Sousa en *El combate sagrado*; sobre la influencia moral de la piel de wub en *Lejos de su guarida*; y sobre la batalla con el billar romano sensitivo de *Partida de revancha*. Muchas palabras para describir lo breve, pocas para definir lo amplio. Desde el punto de vista ontológico de Dick, tenderos y dependientes son tan atractivos como los señores de la guerra y los mesías. La anciana señora Berthelsen de *Mercado cautivo* posee el secreto definitivo sobre el tiempo y el espacio, y lo utiliza para vender verduras en un carretón.

No es fácil encontrar en las páginas de Dick naves espaciales de tres kilómetros de largo brillando a la luz del sol. Lo normal es encontrar un robot averiado en el fondo de una zanja. O, una posibilidad más aterradora, una mariposa



atrapada en un pliegue temporal. Observamos en los relatos de Phil Dick que todo, sea o no humano, está conectado, que todos los personajes son importantes; lo que asusta a uno asusta a todos. Como señala John Brunner, seguro que también asustaba al propio Dick.

El tercer tema fundamental de Phil Dick es su fascinación por la guerra, así como el temor y el odio que despertaba en él. La crítica apenas lo menciona, a pesar de que es tan consustancial a su obra como el oxígeno al agua.

Tal vez Dick, que inició su carrera de escritor en Berkeley, California, absorbió la sensibilidad de una ciudad que había contraído un firme compromiso liberal. Tal vez Joe McCarthy y la guerra de Corea sensibilizaron la imaginación de un autor principiante. Conocemos muy poco sobre sus años juveniles durante la segunda guerra mundial, pero nos es posible identificar un temprano y consistente recelo hacia la mentalidad militar, el temor causado por lo que había visto de la maquinaria bélica en ambos bandos. Sentía un fuerte rechazo a aceptar las consignas del período en que los fines prevalecían sobre los medios. La victoria a cualquier precio en pro de la Democracia, la Libertad y la Bandera devienen aforismos carentes de sustancia cuando el precio de la victoria es la sumisión totalitaria a una burocracia militar despiadada: Phil temía que este fuera el futuro que nos aguarda.

Desde los primeros relatos de Dick, «Los defensores», «El hombre variable», «Ataque en la superficie» y «Para servir al amo», hasta sus últimas producciones, como «La fe de nuestros padres» y «La puerta de salida conduce adentro», tanto los triunfadores como los perdedores muestran de manera contundente su humanidad al rechazar la guerra y la agresión. En opinión de Dick, la única contienda aceptable era contra el mal que reconocía como «las fuerzas de la disolución». Phil Dick fue antimilitarista mucho antes de que se convirtiera en una moda de los años sesenta. A lo largo de toda su carrera continuó valorando a la humanidad y sus

puntos débiles, no importa cuán pequeños y vulnerables fueran, por encima del terror organizado del Estado moderno, independientemente de las ventajas que reportara.

Y eso es todo; un vistazo a una mente ecléctica y vigorosa. Esta indispensable colección de los relatos de Philip Dick puede perturbar al lector. Le puede asustar, porque algunos de los personajes de Phil viven muy cerca de su casa. Sin embargo, estos relatos no le dejarán indiferente. Quizás un viento extraño se cuele por su puerta avanzada la noche, y tal vez las sombras de los objetos familiares se estremezcan. ¿Algún Palmer Eldritch se aproxima a nuestro planeta? Incluso si no es un precog, no diga que no le advirtieron.

## Introducción

# Roger Zelazny

En un principio rechacé la invitación a escribir esta introducción. No tenía nada que ver con mi opinión sobre la obra de Phil Dick. Sentía que ya lo había dicho todo con respecto al tema. Entonces me indicaron que lo había hecho en lugares muy diferentes. Aun en el caso de no añadir nada nuevo, repetir similares argumentos aquí ayudaría a los lectores que no los conocieran.

Así que le di vueltas al asunto. Repasé también algunas de las cosas que había escrito anteriormente. Me pregunté qué valdría la pena repetir o añadir. Había coincidido con Dick en muy pocas ocasiones, en California y en Francia; fue pura casualidad que colaboráramos en un libro. Durante esta colaboración intercambiamos cartas y hablamos varias veces por teléfono. Me cayó bien y me impresionó mucho su trabajo. Dejaba deslizar a menudo su sentido del humor en nuestras conversaciones telefónicas. Recuerdo que una vez se refirió a unos derechos de autor que había recibido. Dijo: «He obtenido tantos cientos en Francia, tantos cientos en Alemania, tantos cientos en España... ¡Caray! ¡Esto ya parece el listado de arias de *Don Giovanni*...!». Su agudeza verbal era más punzante que las ironías cósmicas manejadas en su narrativa.

Ya he hablado antes de su sentido del humor. También he hecho hincapié en sus constantes juegos con la realidad convencional. Incluso me he permitido la libertad de generalizar acerca de sus personajes. Pero ¿para qué parafrasear

cuando al cabo de estos años he encontrado una razón legítima para citar uno de mis textos?

Estos personajes son a menudo hombres y mujeres víctimas, prisioneros, manipulados. Es dudoso que su mundo haya perdido una pizca de maldad cuando lo abandonen, pero la respuesta es impredecible: ellos no cejan en su esfuerzo. Se hallan, por lo general, dispuestos a batear en la última mitad de la novena entrada con el partido empatado, a punto de ser suspendido por la lluvia, con dos hombres eliminados, a falta de dos lanzamientos de pelota y tres carreras. Pero ¿qué significa la lluvia? ¿Y el estadio?

Los mundos en los que se mueven los personajes de Phil Dick están sujetos a cancelaciones o revisiones imprevistas. La realidad es tan dudosa como las promesas de un político. El resultado no varía, independientemente de que el responsable del trastorno de las situaciones sea una droga, un pliegue temporal, una máquina o un ser extraterrestre: la Realidad, con mayúscula, deviene tan relativa como la sequedad de nuestros respectivos martinis. A pesar de todo, la lucha continúa, el combate prosigue. ¿Contra qué? En último término contra los Poderes, las Autoridades, las Jerarquías y las Tiranías que, casi siempre, se hospedan en los cuerpos de hombres y mujeres que son víctimas, prisioneros, seres manipulados.

Todo esto suena a frivolidad téticamente seria. Se equivocan. Supriman «téticamente», añadan una coma y lo siguiente: pero una de las características de la maestría de Phil Dick reside en el tono de su estilo. Posee un sentido del humor para el que no encuentro adjetivos adecuados. Irónico, grotesco, bufonesco, satírico. Ninguno da en el clavo, aunque todos pueden encontrarse sin necesidad de buscar demasiado. Sus personajes resbalan ridículamente en los momentos más dramáticos; una patética ironía invade las escenas más cómicas. No cabe duda de

que se trata de una cualidad singular y estimable para dirigir un espectáculo de tales características.

Lo dije en *Philip K. Dick: pastor eléctrico*, y todavía lo mantengo.

Me complace ver que Phil está consiguiendo por fin la atención que merecía, tanto de la crítica como del público. Lo único que lamento es que haya llegado tan tarde. Se quejaba a menudo, pasada ya la edad de esforzarse por alcanzar una meta pero aún luchando por conseguirla. Me sentí aliviado cuando al fin, un año antes de morir, logró la seguridad económica y una cierta riqueza. La última vez que le vi parecía muy feliz y sereno. Fue cuando estaban filmando *Blade Runner*; cenamos y pasamos una larga velada hablando, bromeando y recordando anécdotas del pasado.

Se ha escrito mucho sobre el misticismo de su última etapa. No puedo opinar con conocimiento de causa sobre lo que creía, en parte porque parecía cambiar incesantemente y en parte porque a veces era difícil saber cuándo bromeaba y cuándo hablaba en serio. Sin embargo, tras unas cuantas conversaciones deduzco que jugaba con la teología de la misma forma que otras personas se interesan en los problemas de ajedrez, que le gustaba formular la clásica pregunta del escritor de ciencia ficción («¿qué pasaría si...?») en todo aquello que se refiriera a nociones de filosofía y religión. Se trataba, sin duda, de un aspecto más de su trabajo, y me he preguntado muchas veces cuáles hubieran sido sus creencias de haber vivido diez años más, algo imposible de adivinar o de intuir ahora.

Recuerdo que, al igual que a James Blish, le fascinaba el problema del mal y su yuxtaposición con el eventual placer de vivir. Estoy seguro de que no tendría el menor inconveniente en que les reproduzca un fragmento de la última carta que me escribió, fechada el 10 de abril de 1981:

Me pidieron que examinara dos publicaciones en un cuarto de hora: primero, una copia de *El viento en los sauces*, que nunca había leído... En cuanto lo hube revisado alguien me enseñó una fotografía a doble página del intento de asesinato del presidente, aparecida en el último *Time*. A un lado el herido, luego el hombre del servicio secreto con una metralleta Uzi en la mano, y más allá un montón de individuos que sujetaban al asesino. Mi mente trataba de relacionar *El viento en los sauces* con la fotografía. Le fue imposible. Nunca lo conseguirá. Me llevé el libro de Grahame a casa y me senté a leerlo mientras intentaban que la Columbia lo cediera, en vano, como ya sabes. Cuando me levanté por la mañana no podía pensar en nada, ni en cosas raras, como suele suceder al salir del sueño: la mente en blanco. Como si los computadores de mi cerebro se negaran a dirigirse la palabra. Cuesta creer que la escena del intento de asesinato y *El viento en los sauces* formen parte del mismo universo. Seguro que uno de ellos no es real. El señor Sapo bajando por la corriente en un pequeño bote de remos y el hombre de la Uzi... Es inútil tratar de otorgarle un sentido al universo, pero creo que debemos esforzarnos a pesar de todo.

Cuando la recibí, sentí que esa tensión, ese desconcierto moral no eran más que una versión atemperada de una emoción que recorría la mayor parte de su obra. Es una cuestión que nunca resolvió; parecía demasiado inteligente para confiar en cualquier verdad aparente. A lo largo de los años hizo muchas afirmaciones en muchos lugares diferentes, pero la que más quedó grabada en mi memoria, la que más se ajusta al hombre con el que yo solía conversar es la que cité en mi prólogo al primer volumen de entrevistas publicado por Greg Rickman, *Philip K. Dick: In his own words* (1984). Constaba en una carta que Phil había escrito en 1970 a *SF Commentary*:

Solo sé una cosa sobre mis novelas. En todas ellas, una y otra vez, este hombre insignificante se reafirma por medio de su atolondrada y fatigosa lucha. En las ruinas de las ciudades de la Tierra levanta con grandes dificultades una pequeña fábrica que produce cigarros puros o artefactos de imitación con la leyenda «Bienvenidos a Miami, el centro del placer del mundo». En *A. Lincoln. Simulacros* regenta un pequeño negocio de órganos electrónicos vulgares y, más tarde, robots de apariencia humana más irritantes que amenazadores. Todo a pequeña escala. El colapso es enorme; la animosa figurita que se dibuja contra el paisaje en ruinas, al igual que Tagomi, Runciter o Molinari, tiene el tamaño de un mosquito, apenas puede hacer nada..., pero posee una cierta grandeza. No sé por qué. Simplemente creo en él y le amo. Prevalecerá. No hay nada más. Al menos, nada que sea más importante. Nada que nos sea más importante. Pues mientras esté ahí, como una minúscula figura paterna, todo irá bien.

Algunos revisionistas han observado «amargura» en mis escritos. Me sorprende, por cuanto la confianza nunca me abandona. Tal vez les moleste el hecho de que confío en algo tan ínfimo. Quieren algo más grande. Voy a revelarles un secreto: no hay nada más grande. Nada más, si me permiten la expresión. De hecho, ¿a cuánto más debemos aspirar? ¿No es suficiente el señor Tagomi? Para mí, sí. Estoy satisfecho.

Supongo que lo he recordado dos veces porque me gusta pensar en este pequeño elemento de confianza e idealismo de los escritos de Phil. Puede que esté imponiendo una interpretación al hacer esto. Poseía una personalidad muy compleja, y tengo la sensación de que impresionó de forma muy diferente a muchas y variadas personas. Teniendo esto en cuenta, el mejor tributo que puedo rendir al hombre que aprecié y conocí (casi siempre a larga distan-